



KONVERGENCIAS LITERATURA
ISSN 1669-9092
Año II N° 5 Segundo Cuatrimestre 2007

ACERCAR EL LIBRO Y LA LECTURA AL PUEBLO

Ernesto Fernando Lancilevich (Argentina)

El trabajo propone dos líneas de abordaje: una teórica y la otra práctica. En primera instancia, y a la luz del concepto de tradición cultural, se caracteriza al libro como símbolo con alcance metafísico y a la lectura como método para acceder a sus contenidos. Asimismo, se formula un diagnóstico sobre la pérdida del hábito de leer, estableciendo sus causas, al tiempo que se distingue la cultura auténtica de la cultura de masas, y, en esto, se puntualiza el rol que le cabe al bibliotecario. En segunda instancia, se esboza un programa de promoción del libro y la lectura en una biblioteca popular, destinado a niños y adolescentes.

Introducción

Todas las corrientes tradicionales reconocen en el libro su testimonio sagrado: los Vedas, el Tao Te King y la Biblia son algunos ejemplos. Desde la antigüedad, la lectura ha constituido el vehículo de transmisión por antonomasia de dichas enseñanzas. Con la imprenta, el libro se popularizó y el hábito de leer se difundió, estableciendo bases para la alfabetización universal, aun cuando esta meta se encuentre todavía distante, sobre todo en regiones insuficientemente desarrolladas, dentro de las que se cuenta la Argentina.

En el marco de una tradición cultural, el libro es símbolo o puente (a la vez, físico y metafísico) entre **la vida del conocimiento** y **el conocimiento de la vida**, mientras la lectura adquiere el carácter de método o camino para transitarlo. La transmisión de valores, creencias y pensamientos hace que una cultura permanezca viva, permitiendo que cada uno de sus integrantes se sienta heredero de un legado común, al descubrir, en las generaciones precedentes, la raíz de su cotidianeidad, y, en la voz de sus ancestros, la suya propia. Por ello, acercar el libro y la lectura al pueblo significa, antes que nada, integrar, tender redes, crear vínculos entre lo antiguo y lo nuevo, entre la esencia perdurable del hombre y sus necesidades más urgentes.

La lectura de libros abre en nosotros dos grandes posibilidades: a) **hermenéutica** -nos capacita para interpretar la realidad-, b) **heurística** -nos habilita para descubrir aspectos no percibidos de la misma. Crear, interpretar, transmitir y conservar valores, creencias y pensamientos vale tanto para quien es-cribe libros como para aquél que los lee. Por y en la lectura, ambos coparticipan de una responsabilidad que los hermana: salvar lo humano de la disgregación y el tumulto. Producto cultural y promotor de cultura, el libro acerca, a través de la lectura, doblegando distancias, derribando fronteras, a los hombres a su auto conocimiento: leer es aprender, adentrarse en un libro es mirar dentro de nosotros mismos.

La pérdida del hábito de la lectura, más que enmarcarse en el creciente analfabetismo funcional, debiera contextualizarse en el debilitamiento de la identidad cultural, consecuencia de una subversión de valores. La devaluación del habla acompaña la depreciación del pensar, ya que pensamos con palabras. Sostenemos que resulta imposible desligar estos elementos, fuere en la etapa de sentar un diagnóstico de situación cuanto en la de elaborar un plan. Si queremos promover el libro y la lectura de manera eficaz y provechosa, resulta preciso asignar recursos que permitan acrecentar la inclusión popular en el universo del pensamiento y el lenguaje: **libertad y educación**. O dicho de otro modo: **educación para la libertad**.

El lazo afectivo con el libro se establece por medio del hábito efectivo de la lectura. Conocemos a medida que vamos comprendiendo. Leer por ocio o por negocio, como actividad contemplativa o acción operativa, para saber ser o para saber hacer, el libro entrama al hombre en una red de búsquedas y encuentros, bien solitarios e íntimos, bien solidarios y públicos, le brinda compañía en las diversas edades de su existencia, lo ayuda a crecer, conforme a sus talentos o disposiciones personales. **Leer es siempre abrir mirada**: hacia adentro de uno y hacia adentro de los otros, síntesis con que lo otro y lo uno se reúnen en lo mismo, y los otros se muestran como lo otro de uno.

La biblioteca popular, en tanto aula abierta de educación permanente, propone un ámbito físico y espiritual, intelectual y sentimental, de estudio y lúdico, libre y sin censura, entre el pueblo y la cultura, acercándole, por el mecanismo comprensivo de la lectura, el libro como instrumento simbólico de conocimiento, información y recreación. Leer bien representa no sólo entender el significado conceptual de las palabras, sino, ante todo, comprender su sentido espiritual, a la luz

del texto en que se engarzan como las partes en un todo armónico. Comprender es relacionar, comparar, ponderar, pero, antes que nada, profundizar en los contenidos vitales de algo o de alguien.

Cultura es toda creación en los diversos campos de la actividad humana. En el cultivo de lo que le es propio, cuando piensa, ama, habla y actúa, el hombre crea presencia: expresa su experiencia de vida. En tal sentido, los valores fundantes de libertad y educación hacen la diferencia, no siempre percibida, entre cultura popular y cultura de masas. Los productos emergentes de la primera forman parte de la tradición de un pueblo; los que surgen de la segunda son mercancías para ser vendidas y usadas, consumidas y descartadas. La biblioteca popular es una creación de la comunidad que responde a aquellos valores. Su ética se vincula con esa axiología fundamental. El bibliotecario, en tanto agente modulador o animador cultural, más allá y más acá de seleccionar, procesar, administrar, conservar y difundir información, sabe que el numen de su actividad reside en **ayudar a ser**, y que tal es el mandamiento que resume cualquier decálogo de propósitos. **Ayudar a ser** conlleva una actitud de entrega en el servicio, buscando activar la participación de todos los miembros del cuerpo social, entramarlos en una tradición que los contenga y les enseñe a comprender en los otros su propia vida, tomando al libro como espejo y a la lectura como linterna que ilumine, en la imagen, el reconocimiento de la semejanza. Si los libros no nos sirven para llegar a los hombres y la lectura no nos muestra el sendero del **saber ser**, vana habrá sido nuestra profesión de fe bibliotecaria.

Primera parte

Promover significa orientar una acción en algún sentido. Así, cuando hablamos de promocionar el libro y la lectura, debiéramos plantearnos en qué sentido orientar nuestra acción, a los efectos de que nuestro planeamiento se patentice en un desarrollo programático coherente en su direccionalidad, consistente en su organicidad y útil en su praxis, al proveer el mayor bien posible a la mayor cantidad posible de personas.

Conforme a lo mencionado, la identidad cultural se afianza a través de una lectura comprensiva, integradora, que estimula la diversidad en la unidad, las diferencias en la semejanza. En términos discrecionales, y sin intentar apartarnos del

cuadro preparatorio que circunscribe el presente trabajo, trazaremos un sucinto diagnóstico de situación. ¿Por qué cada vez más se lee menos? Pues bien, no por recurrente, la pregunta nos ofrece una respuesta fácilmente asequible. Requiere de nosotros cierta toma de distancia para captarla y percibir sus matices, y acaso sea menester volver a ella, formulándola desde otra perspectiva: ¿Por qué aumenta la cantidad de personas que desplazan el hábito de la lectura como algo que ha dejado de ser intrínseco a sus vidas? En la extensionalidad de su análisis, intentaremos desbrozar la intencionalidad de la pregunta. ¿Por qué el más se resuelve en menos? ¿Por qué el acrecentamiento deviene pérdida? Podríamos apaciguar nuestra búsqueda con aserciones tales como el retroceso del papel del estado en la escuela pública, la pauperización de amplios sectores de nuestra sociedad, un ineludible y persistente proceso de aculturación, factores todos estos que acompañan, desde lo periférico, el materialismo en su etapa de solidificación, la subversión de valores y la disolución espiritual, que caracterizan a la modernidad en la época del final de un ciclo. Sin excluirse recíprocamente, estas líneas de abordaje aportan cierta cuota de razonabilidad, o, dicho de otro modo, llevan una parte de verdad en sus alforjas. Lo cierto es que la falta de interés por la lectura y el debilitamiento del contacto con el libro dejan vislumbrar una problemática mayor: la pérdida de un sentido trascendente de la vida.

El libro es puerta al conocimiento; la lectura, llave que abre y comunica. Así como hay un leer íntimo y solitario, no menos cierto es que existe un leer compartido y solidario. Vertientes de una misma corriente, al vadear su fondo, se encuentra la palabra que expresa la experiencia humana. Desde tiempos inmemoriales, la literatura asumió en la oralidad el sesgo de una íntima experiencia compartida. El epos y la poiesis, la narrativa y la poesía, se manifestaron originalmente en la oralidad, y es en esta posibilidad de escucha que nos abrimos al sentido y al sonido de la palabra. Recordemos, dicho sea de paso, que todo el mundo antiguo y el medioevo leyó en voz alta. Sinergia de percepciones sensoriales y concepciones intelectuales, **la lectura en voz alta profundiza la palabra, la busca en su fondo y la encuentra en su altura.** Concepto e imagen, analogía de las formas y lógica de las figuras, se lee con los labios, con los ojos, con el cuerpo suspendido, en un acto de amor y de entrega.

Una sociedad integrada se compone de personas internamente no fragmentadas, capaces de unir el placer y la necesidad, el sabor y el saber de la vida. Leer en voz alta nos enseña ese sendero de aprendizaje. Así como el hechicero

cuenta un suceso o canta una saga, a la luz de la llama que alumbra el habla y guía su escucha, contamos y cantamos la palabra, con los sentidos abiertos al sentido. En esto, cada uno de nosotros puede ser maestro y discípulo, iniciado y adepto. Poder hablar es siempre una consecuencia de saber oír. El oído, el más espiritual de los sentidos según la tradición hindú, es el primero en desarrollarse en el embrión humano y el último en desaparecer en el moribundo.

Hay una iniciación en la lectura y también una conservación del hábito. Tan importante es fundar lo primero como asegurar lo segundo. Socialmente, la niñez y la ancianidad representan los grupos etarios más abandonados: ni unos ni otros son candidatos al consumo ni votantes activos, no sirven a los intereses del mercado ni a los de la política, no tienen entidad a la hora de decidir, porque otros deciden por ellos.

Hay también una franja de desamparo que abarca a los pobres de pobreza (por diferenciarlos de los pobres de espíritu). Ellos tampoco son compradores de bienes de mercado, pero sirven a la estrategia política: se los lleva y trae, se los coloca y descoloca, se los pone o se los corre, como piezas de ajedrez. Subsidios, reclutamientos glebarios en épocas de campaña y servilismos feudales hablan de formas más o menos evidentes de alquilar conciencias. Y hay también la banda ancha de los desocupados, carentes también de una red de mirada que los contenga.

¿Pueden la lectura y los libros acercarse a ese pueblo olvidado, ser presencia que los abraza? La respuesta es un categórico sí. Porque la palabra que se habla, cura; y aquella que se lee, salva. La palabra que se habla, cura el alma, al soltar fuera sus fantasmas; catarsis, purificación o exorcismo, libera el espíritu. La palabra que se lee, salva de la disgregación y el tumulto la historia del hombre, su escritura de vida. Culto de mirada abierta es la que proponen, en cuanto disponibilidad, el libro y la lectura. Mientras esta cultura de lo auténtico ayuda a curar y salvar lo humano, la cultura de masas sirve para anestesiar y condenar a lo infrahumano. **La lectura de libros salva la humanidad del hombre, al liberar su espíritu.**

Un encuentro irrestricto entre lectores y libros nos sugiere una biblioteca popular de puertas abiertas, incluso fuera de su reducto físico. El desarrollo de su colección, en el estado en que se encuentre y sin esperar providenciales donaciones, puede resultar de la mayor utilidad para la mayor cantidad de usuarios posible (e

imaginados). El conocimiento cabal de su fondo bibliográfico permite realizar la valoración cualitativa de cada documento, de modo que separar en la colección aquellas obras adecuadas para iniciar, desarrollar y acompañar la lectura, de acuerdo a las distintas edades, aparece como una medida, en primera instancia, no demasiado complicada de implementar.

Segunda parte

Por las razones mencionadas, el plan que proponemos se centrará en la lectura en voz alta, tanto dentro como fuera del predio ocupado por la institución. Una plaza, un hogar de ancianos, un club social y una sociedad de fomento pueden constituir extensiones de la biblioteca, que trasladaría a dichos lugares las franjas de su colección que resultaran apropiadas para cada necesidad. Haciendo cultura sin solemnidad pero con imaginación, se puede conjugar lo profundo en lo simple.

Una plaza, como espacio público abierto, ofrece la posibilidad de componer, en amable encuentro, la naturaleza y el mundo de los libros. En ese ambiente distendido, la biblioteca puede organizar lectura de cuentos, poemas y comedias, a cargo de alumnos de teatro, sin descontar que actores profesionales colaboren, pues nada mejor que una buena voz y una presencia escénica importante para despertar el fervor por la palabra.

Si bien redundante en la excelencia leer los clásicos de la lengua, un gusto estético no muy desarrollado es conveniente educarlo a partir de textos y autores contemporáneos nacionales que planteen temáticas próximas a la vida diaria. En hogares de ancianos se pueden organizar recitales de poemas con métrica y rima, que faciliten la asimilación y memorización, como así narraciones costumbristas con situaciones y personajes reconocibles. La compañía que representa una voz que les comunique presencia es para las personas mayores una caricia en el alma. Capacitando equipos de voluntarios, provenientes de instituciones sin fines de lucro, tales como ONG, la biblioteca estará en condiciones de ir satisfaciendo las necesidades de cada uno de los geriátricos de su radio de influencia.

Un club social y una sociedad de fomento, en lo concerniente al presente plan, deberían acordar abrir sus puertas a toda la comunidad, aceptando las orientaciones y directivas establecidas en su marco. En cuanto a sus fondos bibliográficos, éstos reforzarían la colección de la biblioteca.

La lectura promueve una educación intelectual y sentimental tan rica y variada que, en modo alguno, debe encerrarse en la denominada instrucción pública obligatoria. La iniciación en la lectura y su fomento en la infancia y adolescencia se cumplimentaría en el ámbito de la biblioteca, bajo la modalidad de clubes de lectura. Hasta la edad de cuatro o cinco años se pueden programar lecturas de relatos con frases breves y el acompañamiento de música, títeres, ilustraciones, juegos y puestas en escena, tratando, en lo posible, de incorporar a los padres. En esta etapa, el niño aprende por repetición de conductas y situaciones: pide que le lean, una y otra vez, los mismos textos. Y aprende jugando, por lo cual es importante que asimile la lectura a una actividad lúdica generadora de placer, percibiendo el libro como un juguete más. El contacto visual y táctil con el juguete libro se dará bien pronto si la lectura, acompañada de otras expresiones recreativas, ya mencionadas, capta su atención.

La creación de clubes de lectura, coordinados por bibliotecarios y docentes, tenderá a percibir la biblioteca como un ámbito de compañía y contención. La lectura puede convertirse en puerta de entrada a un universo mágico, el del libro, descubriendo las palabras como cuerpos musicales y las letras como dibujos en movimiento. Si le contamos a un niño de esta edad que “la t es un señor con sombrero” o que “la a es un caracol que camina”, despertaremos en él una sonrisa de asombro, y el **asombro** es por donde uno comienza a pensar. **La admiración abre mirada.**

De los cuatro a los ocho años, el niño se interesa por lo maravilloso, por los juegos verbales y las expresiones del absurdo, que lo ponen en contacto con lo onírico y la fantasía, la música de la palabra, el ritmo y la rima. **La paradoja íntima mirada.** El niño comienza a tomar los libros por su cuenta, adquiere algo de autonomía. En esta etapa, la lectura de poemas y leyendas lo adentra en una cosmovisión mítica, y es fundamental que se haga hincapié en libros que desarrollen esta búsqueda vital. De

los ocho a los doce años, el niño descubre lo exótico y el mundo como aventura: paisajes, animales, costumbres, colorean su actitud exploradora. **Mirada que describe.**

De los doce a los catorce años, el niño se identifica con los héroes y sus hazañas, las historias cargadas de emoción. **Mirada del sentimiento.** Lee solo, y bueno es que frecuente la lectura en voz alta para descubrir el ritmo de su propio pensamiento, ya que la modulación de avances y pausas, sonido y silencio, no son sino la ondulación del **habla** interior, el fluir de la conciencia.

De los catorce a diecisiete años, el adolescente comienza a descubrir, en una búsqueda personal e intransferible, los signos pulsionales de su deseo, empezando a construir su propia escala de valores. Podemos decir que comienza a forjarse, no sin dudas y cavilaciones, angustias y temores, su personalidad. Adolece, no porque algo le falte, como vulgarmente se interpreta, sino porque lo que tiene, lo que le pasa, lo que es, le duele; el crecer lo experiencia como dolor, no ajeno a momentos de exaltado placer. **El deseo en la mirada del sujeto.** Sus intereses son múltiples y diversos, referencian su búsqueda existencial, desde lo social hasta lo individual. Es momento de incentivar en él grandes lecturas humanísticas, capaces no sólo de interpretar la realidad, sino de transformarla.

Conclusión

Por cierto, la lectura alcanza su madurez en esas instancias de lucidez en que el pensar habla y la palabra piensa. He allí **mirada abierta a lo abierto.** El libro salva y la lectura libera. Y creemos que, fuera de estas dos cuestiones, nada sobre la tierra es verdaderamente necesario ni más urgente.